

XVIII.

El Hacha y el Ancla.

El primer pensamiento de Estradère fué irse en seguida á la taberna de Tom-Black. Había visto aquella taberna la noche que, en compañía del inspector Gerrard, había explorado aquellos antros sombríos. Encontrarla de nuevo no era difícil. El domador tenía buena memoria, y se acordaba perfectamente de los lugares recorridos.

Apenas entraron en White-Chapel, Placial experimentó una especie de alucinación singular. Le parecía que Paddy marchaba algunos pasos delante, pegado á las bajas casas, rozando los muros, y con una pequeña escoba en las manos.

Sí, aquella visión era Paddy, con su lánguido modo de andar, con su traje desgarrado, con su gruesa cabeza de erizados pelos pesando sobre su débil cuerpo.

Placial le llamó.

—¡Paddy! ¡Paddy!

El niño seguía su camino sin volver la cabeza; pero como el domador apretase el paso para acercarse á él, llamándole de nuevo, se detuvo, curioso más bien que amedrentado.

Placial se adelantó entonces, y le miró.

No era Paddy. Desde lejos, todos estos pequeños vagos de Londres se parecen.

Arrastran la misma escoba, llevan los mismos harapos, el mismo uniforme de la miseria.

—¿Qué es lo que me queréis?—preguntó el granujilla con tono feroz.

—Nada. ¡No era á vos á quien yo buscaba!

—Lo comprendo, era á Paddy. Os reconozco. Os he visto la otra noche, cuando os sentasteis á beber con Dick Hudson, el sargento, y el señor Gerrard, en el *Public house*. Hablasteis con Paddy. ¡Le habréis dado sin duda algunos *shillings* para que os contase alguna historia! Pues bien; está detenido vuestro Paddy. Le he visto conducir á la estación de policía.

—¿Detenido?

—En el Strand. Se decía cerca de mí que había robado.

—Eso es mentira.

—¡En fin, sea lo que quiera, el caso es que le han puesto á la sombra! (dijo el niño, con sonrisa maliciosa.) ¡Buenas noches, señores!

Y saludando á Placial con un gesto breve, casi irónico, internóse corriendo en la profundidad de la calle.

¡Paddy estaba detenido! He aquí el motivo por el cual el desgraciado chico no había acudido á la cita. ¿Qué mala inteligencia hacía que el pobre irlandés fuese acusado de un robo que Placial estaba seguro no había cometido? El domador pensaba enterarse de todo esto al día siguiente; ir á Scotland-Yard, y, una vez allí, probar la inocencia del pobre muchacho.

Pero, entretanto, era preciso arrancar á Geneveva de aquel barrio maldito.

Estradère y Katchar tentan toda la noche para hacer aquella expedición.

Tres cuartos de hora llevaban andando Placial y el indio por aquellas tortuosas calles, cuando llegaron á una casa, delante de la cual vociferaba una multitud insolente, desenfrenada y soez, ávida de alcohol y de vicio. Solo se veían caras feroces y embrutecidas por el desencadenamiento de bestiales pasiones. Era la taberna de *El Hacha y el Ancla*. Aquella muchedumbre atrajo instintivamente á Placial; así es que, antes de encaminarse á la cabaña del viejo Bob, quisieron ver de cerca á Tom y á su establecimiento.

Una especie de supersticioso terror decía á Estradère que Genoveva estaba allí, y que quizá la amenazaban aquellos miserables seres.

—Genoveva debe estar aquí,—murmuró el domador al oído del indio.

—Entremos,—replicó Katchar.

En la taberna había un ruido infernal, y sobre los bancos un montón de gentes desharrapadas y maltrechas, con la pipa en la boca, cubierta la cabeza con sombreros de fieltro abollados y agujereados, que esperaba en actitud expectante. Había algunos que llevaban en el ojal, ¡antítesis extraña!, una rosa, ó una flor amarilla ó encarnada. Aquellas flores se destacaban sobre tan inmundos seres, como si hubieran estado clavadas en el fango.

Delante de la puerta de *El Hacha y el Ancla*, la multitud se había apartado instintivamente para dejar pasar á Placial y al indio. El traje blanco de Katchar no podía causar extrañeza á gentes acostumbradas á codearse todos los días con los indios que se dedican á barrer las calles de Londres.

Cuando el domador entró en la sala, miradas ardientes se fijaron en ellos, primero curiosas, después amenazadoras.

Aquel inmundo cuarto estaba lleno de humo. Habían arreglado el mostrador para que sirviese de tribuna, colocándole en el fondo de la pieza, cerca de la escalera que comunicaba con el primer piso.

Alrededor del mostrador fumaban ó bebían seres híbridos, jóvenes, viejos de ojos legañosos y amoratados, de dientes rotos, de facciones marchitas. Una colección de horrores y deformidades: mendigos y ladrones, judíos y asesinos, irlandeses y negros. Todo aquello hablaba, gritaba ó gruñía, lanzando al viento risas siniestras, y al suelo bocanadas de saliva amarilla.

—He de recomendaros (decía un chino con voz chillona), que tengáis cuidado, mucho cuidado, con vosotros mismos, mis buenos amigos. Hay chinos en todas partes. Nosotros somos de una raza prolífica, y concluiremos por llenar el universo. ¿Sabéis que un chino, pequeñito y todo, hace cuatro veces más trabajo que un inglés, y come cuatro veces menos? En Australia hay tantos chinos, que se ha hablado ya seriamente de exterminarlos. ¡Ah! ¡ah! ¡ah! No puede exterminarse lo que es inmortal. En ocho días de guerra civil murieron trescientos mil hombres, y la China no lo pasa peor por eso! ¡Nosotros tenemos sangre para enrojecer el mar, y hombres para revender! ¡Viva la China! ¡El mundo ha pertenecido á la China, mis pequeños! Y le pertenecerá todavía. ¡Sí! ¡sí! Que la Rusia degluta á Constantinopla, y haga su botín de guerra del Asia. Que Alemania digiera la Europa. Que América asesine á los salvajes y destierre á los mormones, todas

esasson pequeñeces. ¡El porvenir es de la China! ¡Los vencedores definitivos serán los chinos! Los chinos devorarán el mundo. ¡Hurra! Y ahora, ¡buenas noches! ¡Me voy á casa de Johnson á fumar mi pipa de opio, y á soñar que reconstruyen para mí el Palacio de Estío. *Good night, gentlemen!*

Y el chino se levantó, y salió.

Placial se había parado precisamente al lado de aquel hombre, para oírle. El chino salió, y él examinó entonces uno por uno los seres que llenaban la gran sala de *El Hacha y el Ancla*.

No había más que hombres, y todos parecían reunidos con un objeto común.

Placial oyó acá y allá algunas frases que excitaban su curiosidad.

—¿Vendrá Joss?

—¡Mucho se hace esperar Joss el violinista!

—¡Sin embargo, siempre ha sido exacto el amigo Fiddler Joss!

Aquella gente estaba en la actitud de un público que espera la primera señal de un concierto, ó de una asamblea de accionistas esperando la apertura de la sesión.

Un hombre gordo, rojo y calvo, con el rostro lleno de costurones, preguntó á Placial con una voz enronquecida por el alcohol:

—¿Sois vos, acaso, uno de nuestros colegas de París?

—¿Un colega?—repitió Placial.

—Sí,—dijo el hombre gordo, con un gesto que no dejó duda á Placial. Le preguntaba si era también *ladrón*.

Observó entonces que aquel hombre llevaba impresa en la mano derecha, como un estigma inde-

leble, con un tinte negro, la palabra *robber* (ladrón).

Algunos años antes, el hombre gordo había forzado la caja de un banquero, en cuya caja un célebre mecánico había colocado un secreto. En el momento en que el ladrón introducía una llave falsa en la cerradura y entreabría la tapa de la caja, un tiro de pistola se dejó sentir, y una especie de garfio, colocado al extremo de un vástago de hierro, empujado por un resorte, vino, con sus puntas cortas, dispuestas de modo que formaban la palabra *robber*, á clavarse en su carne, en el dorso de la mano. Y como aquellas puntas atravesaban una planchuela impregnada de nitrato de plata, y el nitrato al penetrar en las picaduras deja la marca negra por toda la vida, el ladrón sacó de la caja, á más de una bala en el pecho, el testimonio del crimen que se propuso cometer.

—¡Estúpida invención! (decía á veces Dan-Stok.) Me han asegurado que el inventor fué un francés llamado Robert Houdin. ¡Si tuviese algún día su cuello entre mis dos manos cerradas!..... *¡by God!* ¡Ya sabría lo que era estirar la lengua!

—Entonces esta concurrencia....—dijo Placial, señalando á las gentes allí reunidas.

—Son ladrones como yo (respondió Dan). Seres caídos en la *salmuera*, que esperan á *Joss el violinista*, quien debe, con un sermón, conducirles á la virtud!

Y el hombre gordo reía con aire escéptico.

—¿Quién es *Joss el violinista*?—preguntó Placial.

Dan miró entonces al francés con una expresión de evidente superioridad.

—¿No conocéis á Joss?—dijo.

—No.

—¡Es Joshua Poole, *un famoso!* Invita á los buenos muchachos á beber te y á escuchar sermones de moral. Es su reclamo. Desde luego, es un mozo á quien se respeta y admira. ¡Es un hombre nuestro *Joss*, de quien os respondo! No es el único que viene á sermonear á los amigos, pero sí es el más elocuente.

Lo que decía este hombre era exacto. Placial y Katchar concurren á una *soirée*, mejor aún, asistieron á una *predicación* organizada por ladrones, y por un ex-ladrón ilustre de Londres, Fiddler Joss.

Generalmente, cuando uno de esos bandidos, arrepentidos del crimen, regresados del infierno como un Dante andrajoso, convoca á los ladrones, sus antiguos compañeros, á un te, una tarjeta impresa sirve de billete de introducción, y sobre ese pedazo de cartón se puede leer (cosa fantástica, pero absolutamente cierta) lo siguiente: «*No será admitido el que, por lo menos, no haya sufrido una condena por robo*».

La tarjeta de invitación contiene además este aviso:

«*Si no podéis asistir á esta reunión, servíos destruir este billete, á fin de que no caiga entre las manos de la policía.*»

Esta vez, la entrada de la reunión en casa de Tom-Black era libre.

Se han visto con frecuencia reuniones de esta clase, organizadas bajo el ojo mismo de la policía, previamente advertida, que deja con una especie de piedad esta puerta abierta por antiguos pecadores para el arrepentimiento de sus amigos. Un

día es Ned Wright, el antiguo ladrón, quien invita á sus compañeros de otro tiempo á *San-John's-Chapel*. Otro día es el famoso Fiddler Joss, *Joss el violinista*, el ladrón convertido, quien les arenga en la capilla de la Misión, en el barrio de San Gilles.

Inglaterra es el país de esos asombros. Lo que es fábula en todas partes, es en Londres realidad. Hay rincones en la inmensa y negra ciudad, donde lo imposible se esconde como en un antro. Se ha visto un joven millonario de la mejor sociedad; un lord, ó hijo de un lord, encerrarse de repente en una bodega, y habitar en ella como un fakir indio, predicando sermones á sus antiguos amigos de la *high-life* que le iban á visitar. ¿Y le declararon loco? Nada de eso. Le llamaron *¡convertido!* Joshua Poole, por sobrenombre *Joss el violinista*, era *convertido* también. Después de haber robado, predicaba la virtud. El escarba-bolsillos componía sermones, en lugar de robar portamonedas ó relojes. Francia ha tenido también sus ladrones arrepentidos; uno, sobre todo, muy célebre, que trataba de *proteger á la sociedad*. Era éste Vidocq; pero su manera de obrar difería de la de Ned Wright y de Joshua Poole, apodado *Fiddler-Joss*. Vidocq arrestaba á sus antiguos compañeros de crimen; Fiddler Joss y Ned Wright, vivos en la actualidad, procuran convertirlos.

Placial reflexionaba sobre todo lo que había de excéntrico en tales costumbres, y Katchar, extraño á todas estas cosas, soñaba impasible, ó se preguntaba si Tom-Black, su enemigo, no llegaría, cuando se oyó un gran ruido en la puerta de la taberna, seguido de *hurras* entusiastas, y Joss el violinista apareció.

Toda la asamblea se puso entonces de pie, aplaudiendo y aclamando al organizador de la reunión. Nunca miembro del Parlamento hizo una entrada parecida al atravesar la sala para subir á la tribuna.

—¡Esto es increíble!—pensaba Estradère estupefacto, é instintivamente atraído.

En seguida habló Joss. Hubo de todo en su arenga; del espíritu y de la cólera, del caló y versículos de la Biblia, risas y lágrimas. Este hombre hablaba del crimen como un presidiario escapado del penal, y del honor como un puritano.

—¡Muchachos! (decía Fiddler Joss.) Sed francos. ¿Hay algunos entre vosotros que han tenido un hogar, padres, hermanos y una familia amada? Esos son los más culpables. Otros, desde su infancia han sentido el frío y el hambre. Los dedos se les han hinchado bajo las uñas, y los dientes han castañeteado de miseria. La ignorancia los ha abatedo como plantas raquílicas, cuyas hojas crecen amarillas porque les falta el calor del sol. ¡Veamos! ¿Cuántos de entre vosotros han frecuentado las escuelas dominicales? ¿Los que se hallen en este caso, que levanten la mano!

Acá y allá, entre la multitud, algunas manos callosas, manos terribles, se elevaron por cima de aquellas cabezas repugnantes.

—¡Ya veis, es bien poco! (dijo Joss el violinista.) Y ahora, ¿cuántos hay que, como yo, han sido mordidos por el perro del cervecero?

(Expresión del caló, que significa *emborracharse*.)

Todas, ó casi todas las manos se levantaron. Fiddler Joss se echó á reír.

—Sabed, pues, que el proveedor de la prisión, la antecámara de Newgate y el prefacio de Tyburn, es: *¡el perro del cervecero!* Sí, no hay más que un paso de distancia desde la embriaguez al robo, y del robo al homicidio! ¡Es, por lo tanto, muy cierto que el primer paso hacia el bien es el olvido de la taberna y la asistencia á la escuela! Ladrones, amigos míos, desocupa-bolsillos, falsarios, forzadores de puertas, coleccionadores de pañuelos, sobresalientes en destroz ar cerraduras y en propinar navajazos, escuchadme: se han fundado por gentes como vosotros, por amigos, por antiguos camaradas, de quien no podéis desconfiar como desconfiáis de un Jedediah Pickford y de otras *bocas enharinadas, Sociedades de Fomento del bien* para los presidiarios cumplidos y los prisioneros que han pagado su deuda en una casa de corrección. Esas sociedades, Ned Wrigt, mi camarada, y Joss el violinista, que os dirige la palabra en este momento, quieren que prosperen y que os salven! ¡Escuchad á Mr. Hatton, el superintendente de *La Obra*, cuando os habla! ¡Escuchadnos cuando os aconsejamos, sin hacer frases (en caló ó en inglés, que importa poco), que volváis á vuestras costumbres honradas! ¡En Marzo último he presidido en San Gilles un *meeting* de ladrones! Les dije que rascando el violín en las calles de Londres, cuando era pequeño, había inaugurado mi carrera con la bebida, la había continuado con el asesinato, y terminado con la prisión: les conté cómo me he vuelto á levantar, cómo me he redimido, cómo me he curado del robo por el trabajo, del vicio por la reflexión, del mal por la lectura. Y en la misma noche, cuarenta y tres ladrones me han dado sus señas,

declarándose dispuestos á aceptar trabajo. ¡Pues bien: imitad su ejemplo, mis pequeños lobos; imitad el mío! Vamos, muchachos; un poco de valor, y haced como yo, *¡by God!* ¡El trabajo es el gran domador de leones, de osos y de tigres! ¡Al trabajo! ¡Al trabajo!

Y mientras que Fiddler Joss, como un Jedediah, aunque más práctico y más convencido, distribuía libritos contando la historia de la conversión de Joshua Poole, apellidado *Joss el violinista*, Placial Estradère, que, á pesar del *caló* con que el discurso había sido esmaltado, comprendía toda la arenga, ó, por lo menos, el sentido general, se preguntaba por qué vigor de inteligencia, por qué enérgica potencia, un hombre semejante, ladrón ayer, predicador hoy, podía ejercer un poder visiblemente absoluto sobre los revoltosos y bandidos que llenaban la taberna de *El Hacha y el Ancla*.

Entonces, un sentimiento de admiración hacia aquel hombre y de piedad por los miserables que le escuchaban, se apoderó del domador. Le pareció que era á él á quien se dirigía aquel discurso extraño, y que él, el matador de su amigo, él, que había matado por celos y por rabia, mientras que más de uno de aquellos desgraciados habían robado sólo por necesidad, tenía el deber de reparar, de consolar, de libertar.

Le pareció que la suerte le presentaba una ocasión oportuna de borrar, de atenuar á sus propios ojos la falta que había cometido en otro tiempo, y en un arranque lleno de valor, comprimiendo su corazón que latía, y conteniendo sus lágrimas:

—¡Amigos míos! (dijo bruscamente Placial Estradère, con voz enérgica.) ¡Amigos míos, todo lo

que acaba de decir Fiddler Joss está muy bien; pero á su discurso le falta una cosa!

Joshua Poole lanzó al domador una mirada de asombro, y los bandidos, estupefactos, se miraron unos á otros, como preguntándose: *¿De dónde ha salido ese? ¿Qué pretende el francés?*

—¿Qué cosa?—preguntó Joshua.

—Á todos los que quieran trabajar, les es necesario, al menos, algún dinero para comprar los primeros útiles ó para vivir los primeros días.

—¡Sin duda!

—¡Sí, pardiez! (gritaron algunos entre la multitud.) ¡Dinero!

—Pues bien (dijo Estradère): permitidme ofrecer con que comprar esos útiles, con que salvar vuestros cuerpos y vuestras almas.

—¿Vos?

—¿Un francés?

—¿Quién sois?—preguntó Joss el violinista.

—¡Me llamo Placial Estradère, y no siempre he sido rico; compadezco á los pobres, y quisiera, si puedo, separar del vicio á todos los que están presos en sus redes! Al menos, debe serme permitido ensayar. ¡Dadme papel y pluma, Fiddler Joss!

Joshua presentó á Placial algunas hojas en blanco y un lápiz que llevaba siempre consigo, diciéndole:

—Escribid lo que queráis: el lápiz suplirá el tintero y la pluma.

Un profundo silencio se produjo en la taberna mientras Placial escribía. Ojos feroces relucían, inyectados en sangre; miradas siniestras, brillando en aquellos rostros de color terroso, se fijaban estupefactas, atentas ó amenazadoras en el extranjero

que, de pie, y apoyando el papel en el mostrador que servía á Joshua de tribuna, trazaba lentamente algunas líneas.

Katchar, impasible, con los brazos cruzados, saliendo como dos trozos de bronce de su blusa blanca, con las piernas naturalmente cruzadas, en una de esas posturas esculturales que por don de naturaleza toman instintivamente los orientales, llamaba también la atención de aquella muchedumbre harapienta. Había allí rostros horribles y pupilas que lanzaban relámpagos salvajes.

Una ligera sonrisa plegaba los labios del indio, habituado á las miradas de los tigres.

Cuando Placial concluyó de escribir, presentó el papel á Fiddler Joss, diciéndole:

—¡Para los que se conviertan, maese Joshua!

Joss el violinista cogió el papel, le leyó en voz baja, y miró á Estradère, como para cerciorarse de si el francés menta. Después, ante la magnética mirada del domador, se sintió convencido, y reclamando el silencio con autoridad:

—¡Atención, muchachos! (gritó en voz muy alta.) ¡Ved lo que este *gentleman* ha escrito, y en excelente inglés, á fe mía!

Después leyó, en medio de un silencio general, las líneas que Placial había firmado:

«*Á presentación, lord Harrisson tendrá á bien pagar la suma de dos mil libras esterlinas (cincuenta mil francos), á la orden de Placial Estradère, que se compromete á cumplir su palabra respecto á lo convenido.*

»PLACIAL ESTRADERE, Domador.»

La lectura de aquella carta-orden, tan extrañamente redactada, causó mucho estupor en la taberna de *El Hacha y el Ancla*. Las miradas que se cambiaron expresaban aún más extrañeza y más incredulidad.

—¡Pues bien! (dijo Joshua Poole.) ¿Qué decís á esto, amigos míos?

—¡Vaya un bonito regalo!

—¡Dos mil libras!

—El domador es, pues, un *nabab*?

—¿Es el dinero del *hombre de chocolate* el que gasta?—preguntó un repugnante gracioso, señalando á Katchar.

—¿Y siendo rico es domador de fieras? ¡Que me devuelva mis dos *peniques*! He asistido á una de sus representaciones. ¡Si es millonario, me ha robado!

—¡Vamos, vamos! (gritó de repente una voz gutural, potente y burlona). ¡No comprendéis, hijos míos, que el francés se burla de nosotros?

—¿Que se burla?

—¿No veis que ese papel no tiene más valor que una pompa de jabón?

Á la vez que todo el auditorio, miró Placial hacia el sitio de donde había salido aquella voz malintencionada, y vió un hombre de proporciones atléticas, rojo y velludo, de rostro brutal, que al reír mostraba unos colmillos de dogo en sus mandíbulas melladas.

Una especie de rugido se escapó al mismo tiempo de la garganta de Katchar, quien, cogiendo por la muñeca al domador, le oprimía con sus manos nerviosas.

—¡Él! ¡Es él! (le dijo el indio.) ¡Es Tom-Black!

El domador, con su vista magnética, había adivinado al momento el repugnante ser que tenía delante.

Placial, densamente pálido, con su cicatriz, que parecía recién cerrada, puso su mano huesosa sobre su rostro enjuto, y murmuró:

—¡Ese hombre es el que hirió á Katchar, y el que ha amenazado á Genoveva!

Desde luego creyó notar que Tom-Black, cuya mirada era esquiva y cuyos labios temblaban, era presa de una cólera mezclada de terror, que se aproximaba al extravío.

Tom-Black acababa, en efecto, de experimentar una emoción terrible, y, al entrar furioso en la taberna, tenía deseos de destrozar algo, de pegar á alguien, de hacer daño: una manera, como otra cualquiera, de apaciguarse.

Nick, su horrible dogo de pelo sucio, gruñía á sus pies, mirando al francés con sus ojos saltones é injectados.

—Preciso es que seáis estúpidos (continuó Tom-Black), para creer que ese hombre puede disponer así de las libras esterlinas de un lord. ¡Os engaña! ¡Os miente!

—¿Y qué interés tengo yo en mentir?—preguntó Placial.

—Sí (repitió Fiddler Joss). ¿Qué interés tendrá este *gentleman* en engañarnos?

—¡Oh, Joss (dijo Tom-Black); vos sois un infeliz, como dicen! Creéis en patrañas, en cuentos fabulosos. ¡Yo conozco el móvil de todas las cosas!

—¿Y qué móvil me impulsa á mí?—preguntó Placial.

Todos aquellos pelones escuchaban con curiosidad.

—Lord Harrisson (dijo el domador) me ha prometido dos mil libras si quiero entrar en una jaula donde todas mis fieras se encuentren juntas. Hacer esto, es arriesgar, es verdaderamente dar mi vida. Pues bien: la arriesgo, la doy, todo eso por vosotros. ¡Ved aquí las dos mil libras; este papel las vale, y lord Harrisson las pagará!

—¡Hurra!—gritaron en seguida algunas voces, que un gesto de Tom hizo callar bien pronto.

—Amigos míos (dijo el tabernero): he estado al servicio de lord Harrisson, y sé muy bien que mi lord no es un insensato. Creer lo que dice el francés, ¡és ser estúpido! ¿Sabéis lo que viene á hacer este hombre á White-Chapel?

—¡No, no!

—¡Decid! ¡Hablad!

—¡Hablad, Tom; os creerán!

—¡Pues viene simplemente para espiar, para entregaros!....

Un gruñido siniestro, amenazador para Placial y para el indio, respondió á estas palabras:

—Si eso es cierto (dijo Joss el violinista), como yo no me asocio á ninguna expedición de la policía, levanto la sesión.

Y bajo los aplausos de sus antiguos compañeros, Joshua Poole descendió de aquella tribuna improvisada. Una cincuentena de bandidos abandonaron los bancos y le siguieron, dispuestos acaso á convertirse. Quedaron, sin embargo, unos ciento en la gran sala de *El Hacha y el Ancla*, de pie todos ellos, escuchando á Tom-Black, y mirando á los dos extranjeros con aire amenazador.